



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

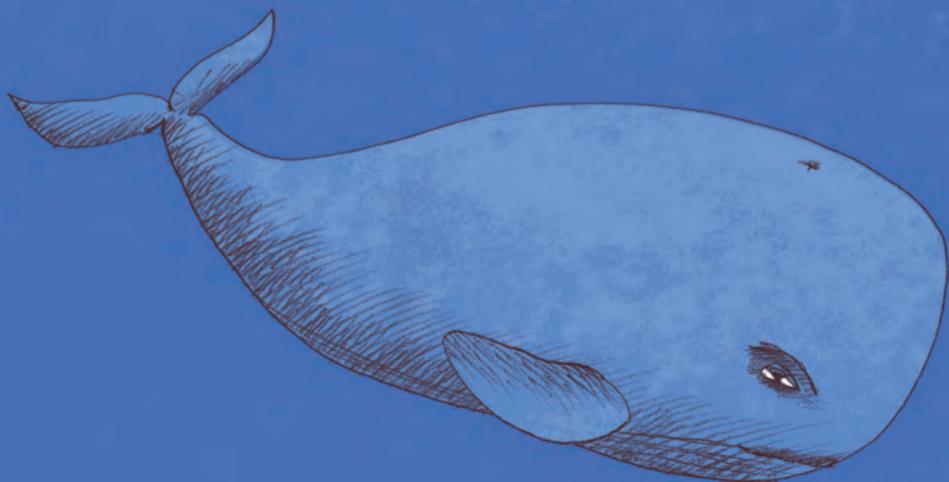
En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



Moby Dick

Herman Melville

La caza. Primer día

Esa noche, en la media guardia, cuando el anciano —como solía hacerlo de tiempo en tiempo— salió de la **escotilla**, donde estaba reclinado, y se dirigió a su agujero, estiró de pronto y ferozmente el rostro, husmeando el aire marino, como lo hacen los perros de a bordo en la proximidad de alguna isla salvaje. Declaró que un cachalote debía estar cerca. Muy pronto, ese olor particular del cachalote vivo, que a veces se siente a una gran distancia, resultó evidente a toda la guardia; ninguno de los marineros se sorprendió, pues, cuando Ahab, tras de inspeccionar primero la brújula y luego el cataavientos, y de determinar, lo mejor posible, la dirección exacta de donde procedía el olor, ordenó rápidamente que se alterara un poco el rumbo del barco y se encogieran algo las velas.

La prudencia de estos movimientos encontró su justificación al romper el día en el espectáculo de una gran extensión lisa directamente al frente, suave como el aceite, y semejante, en los pliegues arrugados que la rodeaban, a las marcas como de metal pulido de un descenso veloz de la marea en la boca de una corriente rápida y profunda.

—¡Gente a los topes! ¡Todo el mundo arriba!

Daggoo, atronando con los mangos de tres palancas en la cubierta del **castillo de proa**, despertó a todos los que dormían con tal estrépito de juicio final que salieron como exhalación por la escotilla y se presentaron instantáneamente con las ropas en las manos.

—¿Qué ves? —gritó Ahab, elevando el rostro al cielo.

—¡Nada, nada, señor! —llegó desde lo alto como respuesta.

— ¡Juanetes! ¡Arrastraderas! ¡Abajo y arriba y a ambos costados!

Una vez desplegadas todas las velas, Ahab soltó el cabo reservado para izarlo a él hasta el tope del palo mayor. A los pocos momentos lo elevaban hacia allí, pero a los dos tercios del recorrido, mientras observaba atentamente a través del espacio libre entre la **gavia** mayor y el juanete mayor, lanzó al aire un grito como de gaviota.

— ¡Allí sopla! ¡Allí sopla!... ¡Una joroba como montaña de nieve! ¡Es Moby Dick!

Excitados por el grito, recogido instantáneamente por los tres vigías, los hombres de cubierta se precipitaron a los aparejos, decididos a echar un vistazo al famoso cachalote que perseguían desde hacía tanto tiempo. Ahab se encontraba ya en su percha, algo más arriba que los demás vigías. Tashtego estaba justo debajo de él, en el tamborete del **mastelero** del juanete mayor, de modo que la cabeza del indio estaba casi al mismo nivel que el talón de Ahab. Desde esa altura se veía a la sazón al cachalote a una milla de distancia, más o menos; a cada movimiento del mar se percibía la joroba blanca y rutilante. El chorro silencioso salpicaba regularmente el aire. A los marineros crédulos les parecía el mismo chorro silencioso observado mucho antes en los océanos Atlántico e Índico a la luz de la luna.



—¿Ninguno de ustedes lo vio antes? —gritó Ahab, dirigiéndose a los vigías a su alrededor.

—Yo lo vi casi en el mismo instante, capitán Ahab —dijo Tashtego—, y di el grito.

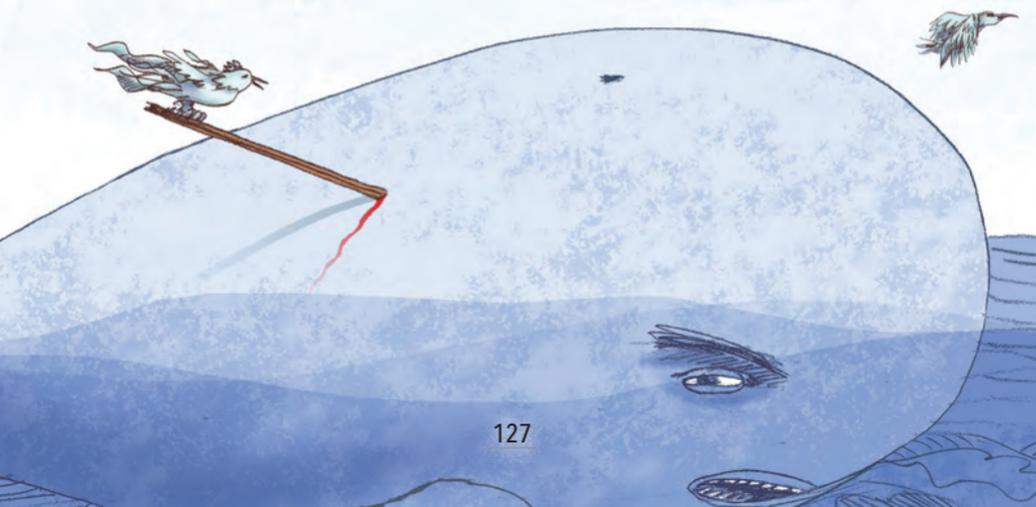
—No, en el mismo instante, no... el **doblón** es mío. El destino me lo había reservado. Yo solo; ninguno de vosotros podría haberlo distinguido antes. ¡Sopla! ¡Sopla!... ¡Otra vez!... ¡Otra vez! —gritó en tonos arrastrados, prolongados, metódicos, acompasados a las prolongaciones graduales de los chorros visibles del cachalote.

—¡Está por sumergirse! ¡Quiten las arrastraderas! ¡Arrien los juanetes! Preparen tres botes. Señor Starbuck, recuérdalo, permanece a bordo, cuida del barco. ¡Atención, timonel! ¡**Orcen**, orcen un punto! Así; ¡tranquilo, hombre, tranquilo! ¡Ahí levanta las aletas! No, no; nada más que agua sucia. ¿Listos los botes? ¡No se muevan! Desciéndeme, señor Starbuck; más bajo, más bajo... ¡rápido, más rápido!

Y se deslizó por el aire a cubierta.

—Se dirige directamente hacia **sotavento** —gritó Stubb— se aleja de nosotros, señor; aún no puede haber visto el barco.

—¡Enmudece, hombre! Listos en las brazas. ¡Baja el timón! ¡Braceen! **Flameen**... flameen... Así ¡muy bien hecho! ¡Botes, botes!



En seguida se descendieron todos los botes, menos el de Starbuck, se desplegaron sus velas y empezaron a trabajar los remos, con velocidad extraordinaria, en dirección a sotavento. El de Ahab, a la cabeza del grupo. Un brillo pálido, mortal, encendió los ojos hundidos de Fedallah; un movimiento espantoso le sacudió la boca.

Como silenciosos caracoles de mar, los botes de proas ligeras surcaban apresuradamente las aguas; pero sólo lentamente se aproximaron a su enemigo. A medida que se acercaban a él, el océano se volvía más liso, como si extendiera una alfombra sobre las olas; como si fuera una pradera del mediodía; tanta era su serenidad. Por fin el cazador impaciente se acercó tanto a su presa, aparentemente confiada, que toda la joroba deslumbrante se hizo claramente visible, deslizándose en el mar como un objeto aislado, y siempre en medio de un anillo giratorio de espuma verde, fina y enortijada. Ahab distinguió las grandes y complicadas arrugas de la cabeza, proyectada levemente sobre la superficie algo más allá. Delante de ella, avanzaba sobre las suaves aguas rugosas la sombra blanca y brillante de su frente lechosa y amplia, acompañada juguetonamente por un murmullo musical; detrás, las aguas azules desembocaban alternativamente en el valle movedizo de la estela uniforme; a ambos lados, burbujas brillantes surgían y bailaban junto al cetáceo. Pero estas burbujas se rompían con las garras ligeras de centenares de pájaros alegres que con sus plumas acariciaban suavemente el mar para volver a remontarse en vuelo caprichoso. Como el asta de la bandera que sobresale del casco pintado de un **bajel**, el mango largo y estropeado de una lanza clavada recientemente se alzaba del lomo del cachalote blanco. De tiempo en tiempo, uno de los pájaros que como nube revoloteaban a su alrededor, a veces tocándolo ligeramente, se posaba sobre el asta y se columpiaba agitando como pendones las largas plumas de la cola. 

Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Padeecer atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- suscitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149